

ALPASO

IGNACIO RUIZ QUINTANO
«BIZKAIA»

El provincianismo es el viejo *ismo* de la nueva vanguardia. Zapatero, por ejemplo, que acaba de comprar tiempo en el poder a cambio de que los vascos rotulen sus pueblos en su idioma de sílex.

-¿Usted conoce Vizcaya, Ruano? -pregunta Baroja tratando de concretar el pueblo de uno que hablan.

-Claro, don Pío.

-Pues en seguida caerá usted en cuál es el pueblo a que me refiero: tiene una plaza con una fuente en medio, ¿cae usted ya?

-No, don Pío.

-¡Pues, hombre, un pueblo que tiene una plaza con una fuente en medio...!

El precio del poder de Zapatero pasa por llamar «Araba» a Álava, «Guipuzkoa» a Guipúzcoa y «Bizkaia» a Vizcaya. ¿Tiene esto que ver con el *ignacismo* de Azpeitia o con el enciclopedismo de Azcoitia?

-El gallego que no habla en gallego es antigallego -postula el silogismo de ese Joan Joel del galleguismo que es Novoneyra.

El acuerdo de Zapatero con los jefes tribales del Norte o Septentrión para decir «Bizkaia» donde era «Vizcaya» es la culminación de aquellas resoluciones académicas alrededor de la mesa verde en que D'Ors y Pemán, que es quien lo cuenta, sugerían el comentario puramente estético de la palabra, que enviaban, como una pelota, al otro extremo de la mesa, donde Manuel Machado lo recogía con paladeo. A lo ancho de la mesa, se cruzaba el diálogo estrictamente filológico de Casares y González Palencia. Riber sostenía los fueros etimológicos del latín, Amezcua citaba a los clásicos, Cotarelo intervenía en los asuntos científicos...

-Cuando la discusión recae en algún matiz regional, están allí Cotarelo para hablar de Galicia, D'Ors por Cataluña, el Padre Fullana por Valencia, Álvarez Quintero y Machado por Andalucía... Los vascos (Urquijo, Ázcue) suelen faltar: se quedan en sus montañas, defendiendo su idioma de sílex... Y para una vez que Zapatero los hace bajar, no parece caro el precio de decir «Bizkaia» por «Vizcaya».

La buena literatura, y esta novela pertenece a ella, coincide siempre con un «hueco de sentido». Por desgracia, los lectores actuales estamos demasiado apegados a lo convencional, o incluso a aquello que resulta ser como esperabas antes de leerlo. Resulta por esto una suerte que todavía haya editores y autores que apuesten por algo distinto. Que arriesguen. Sin esos riesgos la literatura habría dejado de existir.

Lo mejor que puede decirse de *Mi amor desgraciado*, de Lola López Mondéjar -autora también de las novelas *Una casa en La Habana*, *Yo nací con la bossa nova*, y del ensayo *Psicoanálisis y creatividad*, entre otros títulos- es que su lectura va indagando en lo que antes llamé «hueco de sentido», que, a mi juicio, no es otro que la aventura de conocimiento que una mujer emprende sobre sí misma, sobre si es posible una vida que le permita algo tan sencillo y revolucionario como no ser para otro. Las dos protagonistas de esta novela, que, contra toda apariencia, tienen muchos paralelismos, han vivido dos formas de matrimonio y de maternidad diferentes, pero tienen en común esa que solemos llamar condición excelsa del amor: la entrega, la renuncia, cuando no la sumisión, a la pareja, a los hijos. ¿Es esa condición deseable?, ¿no implica una forma de muerte?

Estructura dual

Lola López Mondéjar ha tenido el acierto de que tales preguntas terminen siendo del lector cuando cierra la novela, y, sobre todo, que su tesis, que la tiene, no aparezca como un discurso consabido, esos que tan fácilmente se deducen de las teorías, o los manifiestos, o las proclamas. No. Precisamente porque la literatura, cuando es buena, no viene a habitar ningún discurso, sino, en todo caso, a horadar las seguridades de los discursos contruidos.

Así, Lola López Mondéjar ha concebido una trama en la que las dos mujeres que aquí hablan, ni siquiera saben muy bien qué es lo que comparten. Sutilmente, la novela va rellenando zonas comunes

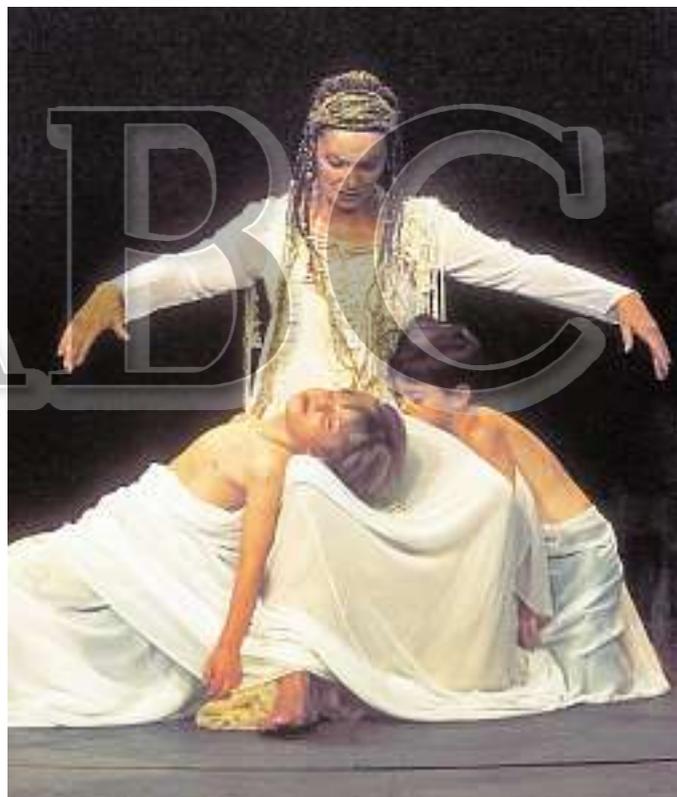
MEDEA AMA



MI AMOR DESGRACIADO

LOLA LÓPEZ MONDÉJAR
Siruela. Madrid, 2010,
257 páginas, 17,95 euros

★★★★



En el mito de Medea (arriba, Nuria Espert dándole vida) se inspira la última novela de la escritora murciana Lola López Mondéjar



reales recientes que pasaron a los periódicos. Pero Lola López Mondéjar ha acertado al no hacer una crónica, ni concebir su relato como una historia sobre lo macabro del hecho. Su opción artística la comparte con Eugène Delacroix, cuyo particular seguimiento del tema persigue la novela en su final: dar mayor importancia a la indagación sobre las razones de la locura de Medea, sobre el sentido humano de lo que resulta tan inhumano y monstruoso que rompe los límites de nuestro entendimiento.

Búsqueda de sí misma

Los capítulos pares van recorriendo, de forma paralela, la vida parisina de la mujer -de quien no sabemos el nombre-, que primero será vecina de Helena en la *rue* Lamartine de París, y luego la visitará en prisión. Está viviendo también un proceso de búsqueda de sí misma, de independencia como mujer, y de desapego respecto del marido e hija. La alternancia que la novela urde entre las existencias de una y otra, incluso lo bien llevada que está la variedad de registros discursivos (pues Helena habla en estilo directo y la otra en una narración personal) hace que el lector asista paulatinamente a los hechos, y los vaya descubriendo, incluso con el formidable efecto del secreto último de Helena, que no voy a revelar, y que provoca el desmoronamiento final, en forma de catarsis, de su interlocutora.

Tal desenlace lleva la novela a una cuestión no menor: cómo es posible tanto odio. La obra tiene en los espacios de París un singular protagonista. La ciudad del Sena es mucho más que un escenario, sobre todo cuando hay momentos reflexivos que evitan su visión fácil de postal, o se escribe sobre la convivencia del *glamour* y el desconchado, o la importancia de lo mítico-cultural en su *espacialización* urbana. Sin duda, una de las vías de renovación de la novela está siendo la unión entre Historia y reflexión.

El fraseo de Lola López Mondéjar es reflexivo, pero no está hecho desde fuera. Tiene de esta manera el lector la impresión de asistir a una historia que le importa mucho a quien la ha ideado. Por este motivo resulta tan buena.

JOSÉ MARÍA POZUELO